

A detailed illustration of a soldier in a blue uniform with a sword and a lit lantern. The soldier is wearing a blue cap with a plume and a blue uniform with a white sash. He is holding a lit lantern in his right hand. The background is a textured, aged paper with a faint, ornate design at the top.

Hans Christian Andersen

El Yesquero

E LEJANDRIA



Hans Christian Andersen

El Yesquero

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL YESQUERO

HANS CHRISTIAN ANDERSEN

PUBLICADO: 1835
FUENTE: DA.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EL YESQUERO

Venía un soldado marchando por el camino: ¡un, dos! ¡un, dos! Llevaba la mochila a la espalda y un sable al costado, pues había estado en la guerra y ahora se volvía a casa. En el camino se cruzó con una vieja bruja; era de lo más repugnante, con el labio inferior colgándole hasta el pecho. Le dijo:

—¡Buenas tardes, soldado! Qué sable tan vistoso llevas, y qué mochila tan grande. ¡Eres un soldado de verdad! Pues ahora vas a tener todo el dinero que quieras.

—Muchas gracias, vieja bruja —dijo el soldado.

—¿Ves ese árbol grande? —dijo la bruja, señalando un árbol que estaba junto a ellos—. Está completamente hueco por dentro. Tienes que trepar hasta la copa, y allí verás un agujero por el que podrás deslizarte hacia abajo y llegar bien adentro del árbol. Yo te ataré una cuerda a la cintura para poderte izar cuando me llames.

—¿Y qué tengo que hacer ahí dentro? —preguntó el soldado.

—¡Traerme dinero! —dijo la bruja—. Has de saber que cuando llegues al fondo del árbol te encontrarás en un pasillo grande, muy iluminado, porque allí arden más de cien lámparas. Verás tres puertas que puedes abrir, pues tienen la llave puesta. Si entras en la primera sala, verás en medio del suelo un cofre grande con un perro encima; tiene unos ojos tan grandes como tazas de té, pero eso no te debe importar. Yo te doy mi delantal de cuadros azules; extiéndelo en el suelo, ve derecho al perro, cógelo, ponlo encima de

mi delantal, abre el cofre y toma todos los céntimos que quieras. Son todos de cobre; pero si prefieres plata, pasa al cuarto siguiente, donde hay un perro con unos ojos tan grandes como una rueda de molino, pero eso no te debe importar; ponlo en mi delantal y toma el dinero. Si en cambio quieres oro, también puedes tenerlo, y tanto como puedas cargar, si entras en la tercera sala. Pero el perro que guarda ese cofre tiene dos ojos, cada uno tan grande como la Torre Redonda. Ese sí que es un perro de verdad, te lo aseguro; pero tampoco te debe importar. Ponlo en mi delantal y no te hará nada, y toma del cofre todo el oro que quieras.

—No está nada mal —dijo el soldado—. Pero ¿qué tengo que darte a ti, vieja bruja? Porque algo querrás, me parece.

—No —dijo la bruja—, ni un solo céntimo quiero. Solo tienes que traerme un viejo yesquero que se olvidó mi abuela la última vez que estuvo ahí abajo.

—¡Venga, átame la cuerda a la cintura! —dijo el soldado.

—Aquí está —dijo la bruja—, y aquí está mi delantal de cuadros azules.

El soldado trepó al árbol, se dejó caer por el agujero y se encontró, tal como había dicho la bruja, en el pasillo grande donde ardían los centenares de lámparas.

Abrió la primera puerta. ¡Uf! Allí estaba el perro con los ojos tan grandes como tazas de té, mirándole fijamente.

—¡Pero qué tipo! —dijo el soldado; lo puso en el delantal de la bruja y tomó tantos céntimos de cobre como le cabían en el bolsillo; luego cerró el cofre, volvió a colocar al perro encima y pasó a la segunda sala. ¡Caramba! Allí estaba el perro con los ojos tan grandes como una rueda de molino.

—No me mires tanto —dijo el soldado—, que te van a doler los ojos. —Y lo puso en el delantal de la bruja; pero al ver todos los cobres del cofre, los tiró y llenó los bolsillos y la mochila de plata. Pasó entonces a la tercera sala. ¡Aquello sí que era horroroso! El

perro de dentro tenía de verdad dos ojos tan grandes como torres redondas, y le daban vueltas en la cabeza como ruedas.

—¡Buenas noches! —dijo el soldado tocándose la gorra, pues jamás había visto un perro así; pero después de mirarlo un rato pensó que ya era suficiente, lo bajó al suelo y abrió el cofre. ¡Válgame Dios, cuánto oro había! Podía comprar con aquello toda Copenhague, los cerditos de azúcar de las pasteleras, todos los soldaditos de plomo, los látigos y los caballitos de balancín que hubiera en el mundo. ¡Vaya si había dinero! —El soldado tiró entonces todas las monedas de plata con que había llenado los bolsillos y la mochila y las cambió por oro; sí, llenó todos los bolsillos, la mochila, la gorra y las botas, de modo que apenas podía andar. Ahora sí tenía dinero. Volvió a poner al perro en el cofre, cerró la puerta de golpe y llamó por el árbol:

—¡Ízame, vieja bruja!

—¿Llevas el yesquero? —preguntó la bruja.

—¡Es verdad! —dijo el soldado—, se me había olvidado del todo. —Y fue a buscarlo. La bruja lo izó, y de nuevo se encontró en el camino, con los bolsillos, las botas, la mochila y la gorra llenos de dinero.

—¿Para qué quieres ese yesquero? —preguntó el soldado.

—¡A ti no te importa! —dijo la bruja—. Ya tienes el dinero. Dame el yesquero.

—¡Pamplinas! —dijo el soldado—. Dime ahora mismo para qué lo quieres, o te corto la cabeza de un sablazo.

—No —dijo la bruja.

Y el soldado le cortó la cabeza. Allí se quedó. Él ató todo su dinero en el delantal de la bruja, se lo echó a la espalda como un hatillo, se metió el yesquero en el bolsillo y se fue derecho a la ciudad.

Era una ciudad espléndida, y en la más espléndida de las posadas se instaló, pidió las mejores habitaciones y los manjares que más le

gustaban, pues ahora era rico.

El criado que le limpiaba las botas pensó, eso sí, que eran unas botas muy raras para un señor tan rico, pero todavía no se había comprado otras; al día siguiente ya tenía botas nuevas y ropa elegante. El soldado se había convertido en un caballero de postín, y la gente le contaba las maravillas de la ciudad, las cosas del rey y lo encantadora que era su hija la princesa.

—¿Cómo se puede verla? —preguntó el soldado.

—¡Imposible verla! —dijeron todos—. Vive en un gran castillo de cobre rodeado de muchas murallas y torres. Nadie salvo el rey puede entrar y salir, porque hay una profecía que dice que se casará con un soldado del montón, y eso el rey no lo puede consentir.

«Pues yo tendría ganas de verla», pensó el soldado; pero, claro, no había modo de conseguirlo.

Vivía a todo tren: iba al teatro, paseaba en coche por el jardín real y daba mucho dinero a los pobres, y eso estaba muy bien hecho; recordaba de sobra lo que era no tener un céntimo. Ahora era rico, llevaba ropa fina y tenía muchos amigos que le decían que era un tipo excelente, un auténtico caballero, y al soldado eso le gustaba. Pero como cada día gastaba dinero sin recibir ninguno, al final le quedaron solo dos céntimos y tuvo que mudarse de las buenas habitaciones a un cuartuco pequeñísimo bajo el tejado, limpiarse las botas él mismo y remendar con aguja de zurcir, y ninguno de sus amigos fue a verle, porque había demasiadas escaleras que subir.

Era una noche muy oscura y no podía comprarse ni una vela, pero entonces recordó que en el yesquero que había sacado del árbol hueco había una mecha pequeña. Sacó el yesquero y la mecha; pero en el momento en que golpeó el pedernal y saltaron las chispas, la puerta se abrió de golpe y el perro de los ojos tan grandes como tazas de té, el que había visto bajo el árbol, apareció ante él y dijo:

—¿Qué desea mi amo?

—¿Qué es esto? —exclamó el soldado—. ¡Vaya yesquero tan curioso! ¿Puedo conseguir lo que quiera? —Tráeme dinero —le dijo al perro, y izas!, el perro desapareció, y izas!, ya estaba de vuelta con una bolsa grande llena de céntimos en la boca.

Ahora el soldado sabía lo que era aquel maravilloso yesquero: si lo golpeaba una vez venía el perro que estaba sobre el cofre de las monedas de cobre; si lo golpeaba dos veces venía el de las monedas de plata; y si lo golpeaba tres veces venía el del oro. El soldado volvió a las buenas habitaciones, se vistió con ropa elegante, y de inmediato todos sus amigos le reconocieron y le profesaban un gran afecto.

Una vez se le ocurrió pensar: es muy extraño que no se pueda ver a esa princesa. Dicen todos que es bellísima; pero ¿de qué sirve si ha de estar siempre encerrada en ese gran castillo de cobre con todas sus torres? ¿Acaso no puedo verla de ningún modo? ¿Dónde está mi yesquero? —Y golpeó el pedernal, y izas!, apareció el perro de los ojos tan grandes como tazas de té.

—Es cierto que es medianoche —dijo el soldado—, pero tengo muchísimas ganas de ver a la princesa, aunque sea un momentito.

El perro salió por la puerta en un instante, y antes de que el soldado se diera cuenta ya lo veía de regreso con la princesa, que dormía sobre el lomo del perro y era tan hermosa que cualquiera podía ver que era una princesa de verdad. El soldado no pudo resistirse y la besó, pues era un soldado de verdad.

El perro volvió corriendo con la princesa, pero al llegar la mañana, mientras el rey y la reina tomaban el té, la princesa contó que había tenido un sueño muy extraño durante la noche, sobre un perro y un soldado. Había cabalgado sobre el perro y el soldado la había besado.

—¡Vaya historia bonita! —dijo la reina.

A la noche siguiente una de las viejas damas de honor debía velar junto a la cama de la princesa para ver si era un sueño de verdad o qué podía ser aquello.

El soldado tenía unas ganas terribles de volver a ver a la hermosa princesa, así que por la noche vino el perro, la cogió y corrió tan veloz como podía; pero la vieja dama de honor se puso botas de agua y salió corriendo detrás con igual velocidad. Cuando vio que desaparecían dentro de una casa grande, pensó: «Ya sé dónde es», y escribió con un trozo de tiza una gran cruz en la puerta. Luego se fue a casa a acostarse, y el perro volvió también con la princesa; pero al ver que habían marcado una cruz en la puerta de donde vivía el soldado, cogió también un trozo de tiza y puso cruces en todas las puertas de la ciudad entera, lo cual fue muy inteligente, pues ahora la dama de honor no podría encontrar la puerta correcta si había cruces en todas.

A la mañana temprano llegaron el rey y la reina, la vieja dama de honor y todos los oficiales, para ver dónde había estado la princesa.

—¡Ahí está! —dijo el rey al ver la primera puerta con una cruz.

—No, ahí está, querido —dijo la reina al ver la segunda puerta con una cruz.

—¡Pero si hay una aquí y otra allá! —dijeron todos; donde miraban, había cruces en las puertas. Comprendieron entonces que de nada servía seguir buscando.

Pero la reina era una mujer muy lista que sabía hacer algo más que ir en carruaje. Cogió sus grandes tijeras de oro, cortó un trozo grande de seda y cosió una bolsita pequeña y primorosa; la llenó de finísimos granos de trigo sarraceno, la ató a la espalda de la princesa y, hecho esto, recortó un agujerito en la bolsa para que los granos fueran cayendo por todo el camino que la princesa recorriera.

Por la noche vino de nuevo el perro, cogió a la princesa y la llevó corriendo hasta el soldado, que la quería muchísimo y habría dado todo por ser un príncipe para poder casarse con ella.

El perro no notó cómo los granos iban cayendo desde el palacio hasta la ventana del soldado, donde trepaba por la pared con la princesa. Por la mañana el rey y la reina supieron perfectamente

dónde había estado su hija, y prendieron al soldado y lo metieron en el calabozo.

Allí estaba. ¡Qué oscuro y qué aburrido, y encima le dijeron: mañana te ahorcan! No era nada agradable oír eso, y el yesquero se le había quedado en casa de la posada. A la mañana pudo ver entre los barrotes de la pequeña ventana a la gente que corría por la ciudad para presenciar el ahorcamiento. Oyó los tambores y vio marchar a los soldados. Todo el mundo echaba a correr; entre la multitud había un muchacho zapatero con mandil de cuero y zapatillas, que trotaba tan aprisa que se le salió una zapatilla y fue a dar justo contra la pared donde el soldado miraba por entre los barrotes.

—Eh, tú, muchacho zapatero, que no hay tanta prisa —le dijo el soldado—, que no empiece nada hasta que yo llegue. Pero si corres a donde he vivido y me traes el yesquero, te doy cuatro céntimos; eso sí, tienes que darte mucha prisa. El muchacho quería ganarse los cuatro céntimos y salió disparado a buscar el yesquero, se lo dio al soldado y... bueno, ahora vamos a ver qué pasó.

Fuera de la ciudad habían levantado una horca grande; alrededor estaban los soldados y cientos de miles de personas. El rey y la reina estaban sentados en un hermoso trono frente al juez y todo el consejo.

El soldado ya estaba subido en la escalera, pero cuando iban a pasarle la soga al cuello dijo que todo condenado tenía derecho, antes de cumplir su pena, a que se le concediese un deseo inocente. Él quería fumarse una pipa de tabaco, que sería la última que fumara en este mundo.

Eso no se lo iba a negar el rey, así que el soldado sacó el yesquero y golpeó el pedernal: ¡una, dos, tres! Y allí estaban los tres perros: el de los ojos tan grandes como tazas de té, el de los ojos como una rueda de molino y el que tenía los ojos tan grandes como torres redondas.

—¡Ayudadme para que no me ahorquen! —dijo el soldado, y los perros se lanzaron sobre los jueces y todo el consejo, agarrando a uno por las piernas y a otro por la nariz y lanzándolos por los aires a una altura enorme, de modo que al caer quedaban hechos pedazos.

—¡A mí no! —dijo el rey; pero el perro más grande cogió al rey y a la reina y los lanzó también tras los demás. Los soldados se aterrorizaron y el pueblo entero gritó: «¡Soldadito, tú serás nuestro rey y te casarás con la hermosa princesa!»

Montaron al soldado en el carruaje del rey, y los tres perros bailaban delante gritando «¡hurra!», y los muchachos silbaban con los dedos y los soldados presentaban armas. La princesa salió del castillo de cobre y se convirtió en reina, y eso le gustó mucho. La boda duró ocho días, y los perros se sentaron también a la mesa y pusieron los ojos como platos.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB